

PREGON

SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO

1997



PREGON DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
1997

Julio de las Heras Galván

Con la colaboración del Centro Iniciativas y Turismo «Ajújar»

© Junta Local de Semana Santa

© del texto, su autor

Portada: Cristo de la Desnudez

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. A.
Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 191.-1997

PROCLAMA:

En el nombre de Dios y de Santa María y del Apóstol bienaventurado señor SAN YAGO, para que sea conocido:

Por los honorables regidores del Concejo, justicias, caballeros, menestrales, mujeres y homes buenos y señalados de esta muy noble ciudad de Medina de Rioseco y cuantos trajinantes se hallen en camino, que esta PROCLAMA oyeren, que a las ocho y media de la noche de hoy, 22 de marzo del año de gracia de 1997, vigésimo segundo que reina nuestro Muy Noble y honrado Señor JUAN CARLOS I: EL REY, ante la imagen de LA DESNUDEZ DE JESUS, por orden de la VARA MAYOR, en presencia de autoridades, mayordomos, cofradías penitenciales y pueblo fiel, congregados en la iglesia conventual de Santo Domingo, pronunciará, según secular costumbre, el pregón de nuestra Semana Santa, el Excelentísimo Señor Don JULIO DE LAS HERAS GALVAN, Ingeniero Naval e Ingeniero Nuclear y Cofrade de la Hermandad de la Desnudez.

Item más, y para la exaltación de los valores espirituales de esta Ciudad, el pueblo, también en la noble lengua castellana, lo divulgará por rúas, solanas, plazoletas y mentideros, llamando al Común a Capítulo, con toque de Pardal y redoble de tapetanes, asumiendo tal encomienda, en oficio público que no en beneficio.

QUE ASÍ SE FAGA Y QUE ASÍ SE CUMPLA

El Notario de las Cofradías lo hizo escribir por mandato del Sr. Presidente Don Alberto Castrillo González y dio testimonio de ello, poniendo su sello y su signo.

ARCHIVASE EN EL LEGAJO
CORRESPONDIENTE DEL AÑO DE 1997

FIRMADO Y SIGNADO POR
EL ESCRIBANO MAYOR

PRESENTACION

*Con licencia del Rydo. Sr. Párroco de Santa María y Santiago,
Don Gabriel Pellitero Fernández*

Muy Ilustre Sr. Alcalde de la Ciudad de los Almirantes, Excmas. e Ilmas. Autoridades, Cofradías y Hermandades de Penitencia y Pasión, Hermanos Mayores, Presidentes, Mujeres y Hombres del solar: Amigos todos.

*Medina de Rioseco se dispone a escenificar la **Pasión del Señor**. Uno de los acontecimientos más significativos de la Ciudad. Su singularidad atrae cada año a miles de visitantes, hombres y mujeres, jóvenes y mayores, gente de toda condición. Unos, para participar en los desfiles y actos religiosos. Otros, la mayoría, para admirar **Cristos** sangrantes, azotados, flagelados, crucificados; **Vírgenes** dolientes en soledad. Esculpidos por delicadas gubias que fueron impulsadas por la fe en el alma de hombres de esta tierra que interpretaron de forma magistral y precisa el drama de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor; único motivo que da a la vida esperanza, amor y perdón.*

*El Ilmo. Sr. Don **JULIO DE LAS HERAS GALVAN**, ha mostrado la deferencia de aceptar el compromiso de ser el pregonero de nuestra Semana Santa. Riosecano, ingeniero naval e ingeniero nuclear, cofrade de **LA HERMANDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUS DE LA DESNUDEZ**, grupo procesional físicamente presente en este acto, siendo una composición que se la comenzó a denominar popularmente «El Redopelo», por representar el momento en que Cristo fue despojado de su túnica a redopelo, es decir, a tirón y sin cuidado alguno. Conoce perfectamente la terminología semanastera riosecana. Como consecuencia, no le resulta extraño las expresiones de: oído, cadena, eje, horquilla, barrón, tapetán o Pardal.*

*En nombre de todos los que conformamos la Semana Santa y de toda la Ciudad de Medina de Rioseco, le expreso las gracias por el favor dispensado al aceptar nuestra propuesta de Pregonero 1997. Ante ello, me voy a permitir utilizar en esta ocasión, uno de los vocablos citados y diga: **OIDO**, el Pregón va a ser pronunciado. Don Julio, Vd. tiene la palabra.*

Muchas gracias.

ALBERTO CASTRILLO GONZALEZ
Presidente de la Junta de Semana Santa

PREGON DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 1997

SEÑOR JESUS DE LA DESNUDEZ

Ahora, Señor, con el pudor que ata los sentimientos cuando han de hacerse palabra, sabiendo que este pregón no va a ser sino un continuo desvestir la memoria, soy más hermano desnudo que nunca.

Ahora, cuando ha de hacerse público el secreto mundo interior que el tiempo y la devoción han ido apacentando, se estremecen los pábilos que iluminan su tranquila existencia y más que en cualquier ocasión necesito tu ayuda.

Cuántas veces te he pensado en este tiempo, cuántas veces, adivinando Torozos y presintiendo Coruñeses, ha venido mi memoria a tu vera y atravesando la portada plateresca de Santiago ha buscado tu remanso y encontrado tu paz.

Y ahora, Señor Jesús de mi desnudez, que como hombre siempre egoísta entiendo más la tuya en cuanto me percató de la mía, guíame en mi extravío y acógeme en el regazo generoso de tu mirada. Permite que mi alma se impregne del sosiego de tus manos que tan solo acompañan el redopelo. Y sin embargo Señor no parece que haya expolio, ¡es tanta tu calma! La mano derecha ofrece lo imposible en ese momento: paz. La izquierda condesciende en la acción. Tu anatomía laxa se abandona para el supremo trance de la Cruz. Señor, estás desasistido, desnudo por fuerza.

Y sigo mirándote, con el arrobo primerizo de aquel muchacho que, hace ya veinticinco años, se acercó a Ti trémulo, ansioso, con miedo de no ser capaz de acompañarte en tu dolor, con la ilusión de hacerse uno contigo a través del esfuerzo y aunados de esa forma descargarte, siquiera livianamente. Te ruego que los años de mutua compañía se extiendan a este pregón y bajo Tu advocación lo encomiendo.

Vara Mayor, Autoridades, Mayordomos y Hermanos, queridos Riosecanos, amigos:

Si para cualquier riosecano el honor y la dicha de estar aquí, rodeado de

todos vosotros, para pregonar nuestra Semana Santa es motivo más que suficiente para hacer de este momento un punto y aparte en nuestra vivencia, permitidme que añada uno más para distinguirlo. Hoy, por vez primera en mi desde siempre, falta mi madre a la llamada del pardo. Hoy la red de términos —hermano, tapetán, oído, ...— y emociones presagiadas que ella fue entretejiendo para hacer un soporte firme a todo el cúmulo de experiencias que el tiempo, cual nave cansina, iría arrastrando a su interior, parece que quiera resentirse y en estos momentos en que debo izar el copo, solo, sin la ayuda de su mano diestra, temo me falte la pericia para su volteo y que ese lento repetirse que cada uno ha desarrollado en la memoria se me escape por la borda súbitamente, sin apenas haber tenido tiempo de manifestarlo.

Ahora madre, paseando por el oquedal de tu memoria, seguramente te falte el engarce para recordar aquel Viernes Santo en que a la misma hora en que iniciaba su partida aquella matutina Procesión de Pasión, Dios y tu naturaleza tuvieron a bien depositarme en la más «ancha» de nuestras calles. ¡Cómo no sentir la Semana Santa con este antecedente!

Mas entiendo que este augur, solo familiarmente conocido, no es causa ni provoca mi presencia. Es difícil explicar el tumulto de sensaciones que en mí aconteció cuando se me propuso esta dulce reclusión interior para ser portavoz de esa llamada que a todos los riosecanos nos conmueve: Semana Santa. ¿Qué constelación de estrellas marcó el rumbo que atracó en mi persona? ¿Qué atrevido navegante trazó la derrota que hoy arrumba aquí y en mí? Cualesquiera otras preguntas seguirían sin respuesta y en esta circunstancia sólo me cabe agradecer la señalada distinción que la Junta de Semana Santa ha tenido conmigo, permitiendo que alguien a quien no adornan sus méritos literarios, ni es la actividad humanística su tarea, ocupe lugar tan preferente. Como conocéis, mi actividad profesional está íntimamente ligada al mundo de la empresa y desde allí, donde todo es acción, me asomo puntualmente cada año a esta expresión de memoria y recogimiento interior que es nuestra Semana Santa. Con el hábito cotidiano del análisis que mi actividad requiere, agrandado por la cualidad más preciada para esta tarea que se me encomienda: ser riosecano, me apresto a recorrer con vosotros el camino que, no retornando, nos devuelve cada año al origen del misterio.

Para mí seguramente todo empezó en aquel mi primer Domingo de Ramos, en aquella mi primera Junta del Paso.

Perdonadme el posesivo en primera persona porque el riosecano que más conozco soy yo, pero tened por cierto que nada de lo que os diga es personal, individual o único —entendidos estos términos como conciencia del yo—. Al contrario, soy consciente de que mi mensaje sólo tiene de particular la ocasión que se me brinda para exponerlo, de hacerlo público. Sé bien que mi palabra es la experiencia colectiva hecha propia, la expresión del tránsito

to común por el que todos hemos ido pasando. Mi vivencia no es sino la de todos y cada uno de nosotros y cada vez que mi individualidad se manifiesta no es sino la fijación momentánea en el tiempo y en el espacio del entramado colectivo que nos define absolutamente como comunidad, que nos caracteriza interior y exteriormente en todo lugar y circunstancia y que es nuestra Semana Santa. Por eso, cuando este pregón finalice, habrá cumplido su objetivo si en su desgranar emociones, cariños, anécdotas, esencias... ha recogido no lo que le sucede al individuo como ente aislado frente a una manifestación de gran fuerza estética y emocional, sino lo que le trasciende por su integración en el colectivo que siente y se expresa como un todo para reinventar, adquirir y manifestar su identidad.

Porque no lo dudemos, nuestra Semana Santa es un periódico y constante ejercicio de afirmación y construcción de nuestras señas de identidad. Hoy, cuando esa expresión está tan en boga, cuando el hecho diferenciador más nimio se emplea como vano pretexto para justificar cualquier pretensión, resulta que nosotros, curtidos de viento y páramo, orgullosos de nuestro esplendoroso pasado, ya habíamos encontrado el medio de perpetuarlas.

Desde este pregón hasta el momento en que Jesús Resucitado se encuentre con la Virgen de la Alegría estaremos nuevamente en el proceso de redefinición y fijación, más profunda cada año, si cabe, de nuestra alma colectiva.

En tan sólo unos días, guiados por el rito de las celebraciones litúrgicas: Pasión, Muerte y Resurrección, nuestra memoria común recorrerá ese camino.

Seguramente sin pretenderlo, empezamos los riosecanos a construir el «andamiaje» de nuestra actual esencia. Porque antes sucedieron los hechos que nos conmovieron y las manifestaciones que hoy los rememoran, no son sino pura y gozosa consecuencia. En un largo peregrinar alguien creó el embrión de lo que hoy día son nuestras Hermandades, otros tuvieron la necesidad de escenificar en un paso lo que recreaba su imaginación cuando en una cultura esencialmente oral sólo permanecía el fugaz quebranto que causa la palabra.

Todos fuimos almas sencillas, sentados en un banco de Santa Cruz o de Santa María, escuchando atentos el rosario de afrentas que Cristo recibía. Todos nos estremecemos al oír el Evangelio de San Juan: «...llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua». Como veis, el relato es escueto, sin adornos. Sin embargo, ese es el momento que la religiosidad popular, la nuestra de hace más de trescientos años, cuando encargaron el paso, fija en su oído. Ese es el que quiere ver y poner de manifiesto y entonces es cuando ocurre la transformación.

La lanzada empieza a llenarse de testigos próximos a la vida de Jesús.

Los evangelistas hablan de las mujeres que lo acompañaban de lejos. Nosotros acercamos a María Magdalena. Incorporamos a su Madre y al mismo San Juan, único evangelista que relata el hecho. El centurión se añade a los dos años del primer encargo y como todos sabemos el paso se rehace veinte años después. Este es un ejemplo de cómo vamos construyendo un escenario físico que nos muestre plenamente lo que antes denominaba como el fugaz quebranto que causa la palabra.

Hemos materializado el instante, lo hemos representado, necesitamos encarnar en todas las figuras las emociones que nos ha sugerido el pasaje; pero creo que aún hay más. Esa acción innoble, que ya hemos sido capaces de representar, de darle un entorno circunstancial, requiere un nombre concreto que nos permita canalizar todo el diálogo de angustia y dolor del momento: Longinos. No podemos aceptar la dureza de la acción, necesitamos personificarla en un hombre: Longinos.

Continuemos con el Evangelio. A renglón seguido del párrafo anterior José de Arimatea solicita el cuerpo de Jesús para poder enterrarlo. Mas la tarea es especialmente ingrata y dolorosa. Nuevamente vamos imaginando los actores: Nicodemo, San Juan –siempre San Juan–, María Magdalena. En esta ocasión necesitamos trescientos años para cerrar la escenificación y en 1985 incorporamos a la Virgen. Ahora estamos prestos para entender el drama. Imaginemos la tensión del momento, la fragilidad del cuerpo yerto, la emoción que impide la acción; entonces aparecen los amigos queridos, José de Arimatea y Nicodemo, y ellos son los que logran sobreponerse al dolor y venciendo el vértigo del desconsuelo, ascienden por la escalera hacia Dios.

Una vez más hemos recreado el momento, pero ahora la acción es noble. Al igual que antes necesitamos nominar el cuadro, aspirar a la síntesis en una palabra, pero al contrario que con Longinos ya no elegimos al protagonista del hecho. Identificamos la acción por el medio necesario para ejecutarla: La Escalera. Ensalzamos la bondad por un objeto: La Escalera.

¿Por qué para la actuación negativa elegimos al hombre y para la positiva el objeto?

¿Hay un secreto pudor que nos impida expresar que a pesar de la ignominia a la que el hombre te sometió en el calvario, Señor, también el hombre actuó con amor?

¿Qué oculta sabiduría lo ha dispuesto así? Sin duda la misma que desde hace tantos años ha hecho convivir en la misma capilla a nuestros dos estandartes.

Nada es hoy ni ayer en nuestra Semana Santa, todo es siempre. Por eso, cuando estábamos rezando por nuestros difuntos en aquella mi primera

Junta del paso, el pensamiento voló en su busca y se internó en los vericuetos emocionados de su reencuentro.

Hoy, por fin, mi nombre, tu nombre, ha entrado en la lista de carga. Esos anhelos presentidos que han ido aposentándose en el alma van a hacerse realidad. El largo aprendizaje de gestos y símbolos que la infancia ha ido recreando va a ser puesto en escena. Ya es posible participar en la sinfonía, las notas musicales de a rezar, oído, al brazo ya están en la partitura. Los posos que has venido realizando estos últimos años tendrán su primera representación.

Pero atrás ya vas haciendo el poso de la celebración en tu memoria. Recordarás, sin duda, el día en que hiciste la sustitución de un hermano en el pasefílo, cuando aquella horquilla fue todo tu paso, cuando en la recogida de los gremios te acercabas con satisfacción a amigos y familiares y levantándote la careta sonreías con orgullo indisimulado, pensando que pensaban que ese año sacabas el paso.

¡El pañuelo! ¿Quién me coloca el pañuelo? Ese será tu postrer momento de desazón. Ahí cerrarás tu interior. Tu túnica, amorosamente planchada o tiernamente doblada año tras año, será el medio catártico que, diferenciándote del exterior, te permitirá officiar en la ceremonia colectiva. A ella se prenderán miradas y suspiros y tú, actor al modo griego, con tu vestimenta y tu careta, empezarás a interpretar la tragedia que a todo el pueblo convoca.

Pero cuidado, nuestra obra es coral, participamos todos, no hay dentro ni fuera. Arrodillarnos con el paso a hombros en el Arco de Ajújar no es más que un gesto físico de equilibrio en el esfuerzo. Nada es sin todos los riosecanos expectantes ante la continua veneración de Jesús hacia su Madre. Es en el concurso de todos cuando Cristo sobreponiéndose a su condición de hombre dolido y exhausto, oficiando en su condición divina, vence su martirio y rinde emocionado homenaje de amor filial.

Un autor que no recuerdo dijo: «Estoy oyendo crecer a mi hijo». Ahora, sintiéndolo a mi lado en la procesión, creo que es más verdad que nunca. Mi hijo, nuestros hijos, ya son hermanos.

Cuando siento su mano entre la mía, diligente para acercarme a cualquiera de los mil y un detalles que le asaltan, reacia para alejarse del dolor de esa Virgen que cuanto menos entiende más le impresiona, empiezo a saber que esos brazos extendidos, unidos en sus manos, son el cordón umbilical por el que se alimenta y fluye esta pasión nuestra por estar o por volver a Rioseco en Semana Santa.

A través de nuestras manos dejamos de ser padre e hijo para empezar a ser hermanos en una misma devoción, en un común sentir.

Mano grande, mano pequeña. ¿Cuál pide, cuál da?

Inmensas manos que mecen dulcemente el tesoro que portan. Manos diminutas que preludian el afán del mañana. Indices que siempre se elevan por encima del umbral de su mirada y que inquietan y preguntan. Manos que desempolvan y sacan a la luz tantos y tantos detalles olvidados en el desván de nuestra memoria. Ojos inquietos que revolotean por los rincones de nuestra alma.

¿Papá, por qué llaman «La Rosa» a la Oración del Huerto? ¿Papá, por qué la Dolorosa tiene tantos puñales clavados? Papá... Papá... Y en cada pregunta hay una respuesta que evoca a quien en su día a nosotros nos contestó. Si estuviera... Pero no, ahora estás tú solo. Creciendo de nuevo, con tu hijo. Sabiendo que no es sino en este recrecer como trasciende la memoria colectiva y que rehaciéndose permanece. Este es el secreto que arrebató. Que bajo las mismas formas cambian los tiempos y que por esta razón a veces es posible traerlos de nuevo al presente.

Y como humanos que somos, cuando el hijo se emociona por lo que nosotros nos emocionamos y siente por lo que sentimos, entonces despunta una plenitud, fugaz si se quiere, que nos engarza el ayer con el mañana, que quizás no permita distinguir con precisión los contornos de la emoción, diluyéndola en nuestra memoria y en nuestros deseos, pero que asegura la continuidad de este ejercicio, permanente y colectivo, de búsqueda interior.

Somos como el continuo batir de las olas en la playa. Unas traen a otras. Pero las olas no existen. Si así fuese, ¿dónde está el cementerio en el que yacen? No, sólo existe la oscilación continua, la permanente mutación de partículas que van realizando un extraño viaje y que tan pronto llegan a término, al besar la playa, se incorporan a un nuevo itinerario para continuar eternamente su caricia con la arena.

Así nos entiendo yo. Tomando y retomando actitudes, emociones, pensamientos... Prolongándonos cada año en el hermano que sirve el paso que ya servimos. Continuándonos en el que saca aquel puesto que con tanta emoción sacamos nosotros. Recordando el ademán gallardo de aquel hermano que ya se fue. Disculpando el mal momento que ni siquiera se comenó. Así, sin saber cómo ni de qué manera, cada uno de nosotros irá dejando en su Hermandad el recuerdo emocionado de su presencia, de su devoción, de su sentir el paso.

De repente, corren los niños, gritan jubilosos: ¡Los Gremios!, ¡Ya vienen los Gremios!

Atrás quedará el último consejo desatendido, la postrer indicación inadvertida. El oficiante ha sido convocado y a toque de pardal se irán desgranando las estaciones de un liviano viacrucis.

Gremio a gremio todos se incorporan al pasefílo que recorre calles y rincones. La luz abrigada retrata en las retinas el lenguaje de corros y rúas. Las torres blasonan andares de horquillas suspendidas. Y en todas partes se aspiran aromas lejanos de otros tiempos y de otras gentes en idénticas circunstancias.

El alma precisa de este alimento de nostalgias y recuerdos. El pasefílo permite la ocasión de disfrutarlo y, tomando cuanto precisa, prevenirse para que el rito vuelva a ser ceremonia viva.

En ese ir y venir que recoge los gremios, el pasefílo irá anunciando el acontecer que se aproxima y esa ebullición bulliciosa sólo encontrará su sosiego cuando arribe a Santiago o a Santa María.

¡Santiago! Panteón de crepúsculos. Entraré en Santiago con el sol acariciando mi espalda y deslumbrando mis ojos.

¡Santa María! Dársena plácida que mece nuestros pasos.

¡Altar Mayor de Santiago! Inmenso fanal dorado que ilumina nuestra espera.

¡Santa María! Puerto ardiente donde atraca nuestra angustia.

¡Santiago! Caracola de tapetanes.

¡Santa María! Malecón batido por la impaciencia.

¡Santiago! ¿Cuándo más Santiago que en Jueves Santo?

Alguien me dijo sacar adelante este pregón será en cierto modo tu propia Pasión. El tiempo ha ido cambiando el significado del término y lo que se presumía como acción y efecto de padecer ha sido inclinación y preferencia. Del mismo modo, cuando pensaba en nuestras procesiones venía a mi recuerdo el orden lógico que concatena paso tras paso, año tras año; pero cuanto más recordaba más me apasionaba en la Pasión-padecimiento y entrando mi corazón en juego descubría que mi pasión-inclinación me hacía ver la procesión no en los pasos sino en las rúas, mi apasionamiento me decía que ciertos lugares y determinadas acciones traían a mi corazón todos los pasos y que de alguna forma cada paso podía ser todos los demás en la medida que transitase por un lugar concreto o realizase alguna acción determinada.

Llegado este momento permitid a quien por talla siempre correspondió el eje o el contrapalo que hoy se sienta cadena y os conduzca por un itinerario diferente.

Cerca de la puerta, recogiendo la luz de poniente que verdea el olivo, La Oración del Huerto está atenta a esa pérdida de aire iluminado que mar-

ca el atardecer. Cuando desaparezca el ambiente contenido que las túnicas emanan de los arcones que las contuvieron, entonces se anticipará en el recuerdo el silencio expectante que rasga el grito del pardal.

Conciliados en torno al paso sonará poderosa la voz del cadena: ¡A rezar! Y en ese instante nos transportaremos al Huerto de los Olivos. Aquí comenzará nuestra procesión personal y probablemente todo lo que pase en los pasos pasará en nosotros. Tu cáliz es el nuestro y Su voluntad la de todos. El golpe seco en el tablero nos devolverá de nuestro ensimismamiento y, como el ángel, confortará nuestro ánimo.

Atrio de Santiago. «Ceomico». Diminutivo del abandono y la soledad. Jesús atado a la Columna entre dos luces espera.

La Procesión sube la Calle Mediana. Jesús Nazareno de Santiago con su cruz a cuestas asciende camino del Calvario. Su rostro es esfuerzo y Barrena agujonea su dolor.

Espaldas de Santa María. La Procesión se queda sola. El aire entra y sale por calles y rincones. Jesús desnudo.

Bailan los pasos. Las imágenes se balancean a un lado y a otro de la Rúa. Dos sayones azotan a Jesús, uno en cada costado. Los hermanos uncidos al palo y a la argolla. El tablero va y viene rítmicamente y en cada bandazo un latigazo se descarga por la horquilla. Jesús atado a la columna, sufre y calla.

La Rúa espacio íntimo y preciso. Portales que cobijan. Balcones que se aproximan. Pasa la Piedad. Virgen desolada y en silencio muerto. Madre e Hijo. Rúa vieja que el tiempo ha hecho sabia, ¿quién mejor para acoger el dolor de la Madre por el Hijo muerto?

Llegar a Santa Cruz es hacerse Nazarenos. Simón de Cirene baja del atrio. Hermano cirineo relévame, aligera mi carga. Señor tu rostro es gratitud y en tu último momento de respiro podemos entender del dolor compartido.

La Procesión va bajando hacia la Plaza. Los tableros inclinados cual barcos persistentes hincan la proa y bandean al costado. Los cuerpos amortiguan el empedrado. José de Arimatea y Nicodemo, navegando en el aire, desclavan y sujetan, descenden y posan el cuerpo de Jesús.

A lo lejos, San Francisco, oscuro y presentido, guarda duendes retorcidos de barro y estopa.

Pilatos en el balcón de su palacio pregunta a la multitud ¿Este es el hombre? Desde la parte alta de la Plaza, donde estuvo la antigua calle de Pañeros, la procesión desplegada a nuestros pies nos desgrana acciones y dolores, afrentas e injurias. Vemos la respuesta y sus consecuencias. Jesús

de la Caña, el que dijo: Yo sé quién soy, ignora la pregunta y sobreelevando la mirada atiende al Padre.

Allá, al fondo, enfilando el Ayuntamiento, el aire corre afilado y cual lanzada traspasa túnicas y caretas. Cristo, exánime, mana sangre y agua. María implorando lo imposible predice lo cierto y ese rostro de Madre herida nos queda el alma sombría y en ausencia, plena de tristeza, preparada para el recorrido más íntimo y solitario de nuestras procesiones.

Las calles oscuras, estrechas de luz y espacio, abiertas al arrabal en su costado, meditan en su penumbra el sacrificio del Hijo de Dios. El Cristo de los Faroles, todavía vivo en su Pasión, alumbra su agonía.

Virgen Dolorosa, Señora de Santiago. ¿Cuándo hieren más tus cuchillos que en el Arco de Ajújar? ¿Cuándo más se tensa tu cuerpo en arco de dolor que al ver a tu hijo arrodillarse, sobrepuesto al sufrimiento y al escarnio, flagelado, desnudo y crucificado?

Más adelante, al final de la calle Doctrina, cerca del Teatro, el Cristo de los Afligidos recoge la plegaria de los antiguos enfermos del Hospital de Convalecientes que construyera la Cofradía Penitencial de la Vera Cruz y rememora el espíritu fundacional de nuestras Hermandades. Socorro y ayuda. Fe y Caridad.

Señor, has muerto. ¡Cómo impone tu abandono! Allá, en el Corro de Santa María, «donde el aire se extiende» bajo el umbrío de la torre, hay duelo y sin embargo nos ofreces la Paz.

Y después de propiciar tu Pasión, Clemencia Señor, Clemencia. Cómo más colectivamente pedirla sino a través de la Junta de Semana Santa, Hermandad de Hermandades, portándote ayuno de andas.

Soledad, todo es Soledad. En cada rincón y en cada esquina la palabra brota, el viento que corre la transporta, los pábilos parpadeantes la iluminan, la oración la acompaña. Soledad, ¿dónde estás que no te encuentre? Soledad es Salve.

Como todas nuestras vírgenes tienes el llanto seco, como esta tierra, llorando hacia dentro. A pesar de tan nuestro por callado, hemos sentido la necesidad de exteriorizarlo y cuando la marcha fúnebre de O'Donnell suena es todo Rioseco quien llora con vosotras y pone «lágrimas» a vuestro dolor.

La procesión ha finalizado. El postrer esfuerzo depositará el paso en los banquillos. Y en los pasos grandes, ¡creedme que no es locura!, flotando en el mar de la nada, con sus quillas planas al aire, cuarenta galeotes esforzados han reinventado el milagro de la gravedad levitando.

Y así, reposando, cada paso es un Sepulcro en esperanza de Resurrección cada Semana Santa.

En ese momento cada hermano siente en sí que el esfuerzo ha tenido sentido y que nada ha sido en balde. En su rostro brilla el júbilo y anticipando la alegría del encuentro de Cristo con su Madre se reúne en gozosa confraternidad y festejo con sus hermanos.

Semana Santa en Rioseco. Tres palabras que bloquean mi corazón, una Trinidad aprendida, heredada de una infancia que ya es futuro en proyecto de continuación.

Semana Santa en Rioseco. Un delicado equilibrio entre nuestras fuerzas centrípetas que buscan la introspección, el recogimiento y la mirada interior y las centrífugas que tienden a la exaltación, a la barroca manifestación de nuestras creencias y al alarde público de nuestra Fe.

Es en este permanente estado de fuerzas encontradas cuando más nos manifestamos. Ora nuestra íntima plegaria antes de sacar el paso, ora el derroche físico que realizamos al sacarlo. Ora la tensión ensimismada portando el paso, que convierte el peso zahiriente en bálsamo interior de paz, ora la voz de oído y el golpe en el tablero, que tanto previenen para la escenificación como avisan para su contemplación.

A muchos de los que estáis aquí me hubiera gustado traeros a estas líneas, con el orgullo que sólo la amistad y común devoción procuran. Pero un elemental sentido del pudor lo impide. He tenido la gran suerte de conocerlos y compartir con vosotros esta nuestra Semana Santa, pero sé que sentados a vuestro lado hay otros riosecanos que no he podido conocer y tratar y que al igual que vosotros me habrían permitido internarme en este laberinto de Pasión. Por esta razón, como un modesto homenaje al hermano no conocido, excusadme el silencio y que éste os devuelva mi profunda gratitud por haber podido manifestar lo que todos sentimos.

Todo esto, madre, y especialmente lo que no acierta a expresarse con la palabra desearía que hubieses podido paladearlo aquí, en tu pueblo, que hubieses vuelto para ti el lejanísimo recuerdo de tu padre en la cadena de atrás de La Desnudez, tus largos años de alumbrar a La Dolorosa, el hormigueo que recorría el alma de tus tres hermanos en estos días y que sólo se saciaba el día de la procesión y que, como una necesidad recurrente, iba de nuevo abriéndose hueco para reventar pleno de emoción en la siguiente Semana Santa. Sin embargo, y aunque no haya podido ser hoy para ti, bien sé yo que de todas estas cosas, que no son sino las que nos han acontecido a todos los riosecanos, aprendí yo a sentir. Vuestro corazón hizo el resto.

COLABORAN:



**Junta de
Castilla y León**

CONSEJERÍA DE INDUSTRIA, COMERCIO Y TURISMO
DIRECCIÓN GENERAL DE TURISMO

